

**«¡VIVA LA REVOLUCIÓN Y LA PATRIA!».
PARTIDO COMUNISTA DE CHILE
Y NACIONALISMO (1921-1926)¹**

ROLANDO ÁLVAREZ VALLEJOS²

RESUMEN

Las interpretaciones históricas de los partidos comunistas tienden a remarcar las influencias y factores internacionales en la definición de sus líneas y accionar político. Esto especialmente ocurre en el periodo de existencia de la III Internacional —o Komintern— que tuvo una notable ingerencia en los partidos comunistas de todo el mundo. Desde otra óptica, sin desconocer la influencia internacional, este artículo propone que en el caso del Partido Comunista de Chile, la articulación de un discurso de corte nacionalista fue un elemento importante en su elaboración y actuar político desde un periodo tan temprano como los años veinte. Esto habría permitido a los comunistas chilenos ganar presencia y respaldo en los sectores populares

ABSTRACT

Historical interpretations about the communist parties usually attempt to emphasize international factors and influences to define their political actions. This approach seems to be proved during the Third International, Komintern, since it had critical influence on the communist parties around the world. Without trying to annihilate such significance, this article seeks to demonstrate that within the Chilean Communist party, the nationalistic discourse was fundamental in the way the party organized and developed since the early 1920s. This fact allowed the Chilean Communists to win prestige and support within the popular sectors, those which were prepared to

-
- 1 Este trabajo fue producto de nuestra participación en calidad de ayudante de investigación del proyecto FONDECYT 101007 «Nacionalismo y Clase en la configuración de la identidad de los trabajadores de la Pampa (1879-1930)» del profesor Julio Pinto Vallejos y de un curso del Programa de Doctorado en Historia de la Universidad de Chile, dictado por la profesora María Elisa Fernández el segundo semestre de 2003. Agradecemos los comentarios críticos del profesor Augusto Samaniego.
- 2 Académico, Departamento de Historia, Universidad de Santiago, USACH.

organizados, receptivos a los discursos
nacionalistas.

listen and understand a nationalistic
rhetoric.

I

UNO DE LOS ASPECTOS más conflictivos de la historia del Partido Comunista de Chile (PCCh) tiene que ver con la compleja relación entre los aspectos nacionales e internacionales que han influido en su línea política a lo largo de su historia. En la actualidad, sólo sectores recalcitrantemente anti-comunistas aseveran que el PCCh fue sólo la quinta columna de la Unión Soviética para intentar imponer una dictadura totalitaria en Chile.³ Descartando estas posiciones, más relacionadas con el debate político que el histórico, el debate sobre la influencia de lo nacional y lo internacional se ha concentrado con la trayectoria del PCCh durante los años 20 y 30. Durante esas décadas existió la III Internacional o Komintern o también llamada Internacional Comunista, la que funcionó como Estado Mayor de los partidos comunistas del mundo entero. Las definiciones que este organismo tomaba debían ser adoptadas por las «secciones» en cada país, lo que provocó naturales tensiones, conflictos y crisis en los partidos de cada país.⁴

Es en este punto en donde se ubica el debate sobre el PCCh. La pregunta central es ¿cuánto influyó o determinó la Komintern no sólo la línea política del PC chileno, sino su praxis política, sus formas de ver y hacer la política, en fin, cuanto moldeó la Komintern, especialmente a partir de su fase estalinista, la cultura política de uno de los dos partidos de izquierda más importantes de Chile durante el siglo XX? Al respecto, existen dos grandes corrientes interpretativas: Una línea enfatiza el quiebre que significó la influencia de la Internacional Comunista en Chile, especialmente la ruptura que significaron los documentos del Bureau Sudamericano de la Internacional que condenaban los resabios «recabarrenistas» al interior del PCCh. De esta manera, lo internacional destruyó una larga tradición del movimiento popular

3 De casi nulo valor académico, en esta línea se encuentran los trabajos de Juraj Domic, *La Política Militar del Partido Comunista de Chile*. (1988); Andrés Benavente *El triángulo del terror: Moscú, La Habana, el Frente Manuel Rodríguez*. (1988) y Luis Heinecke Scott, *Verdad y Justicia en los casos arsenales y atentado presidencial* (1995).

4 El mejor trabajo que conocemos sobre el Komintern es el de Milos Hajek, *Historia de la III Internacional. La política de Frente Único (1921-1935)* (E. Crítica 1984).

chileno.⁵ Otra línea de interpretación es aquella que, sin desconocer la indeseable influencia que tuvo la Komintern en Chile, opta por enfatizar los aspectos nacionales en la dinámica interna del PCCh. En la dialéctica entre lo nacional y lo internacional, el primer factor jugaba un rol muy importante para entender el comportamiento y las definiciones políticas del partido chileno.⁶

Colocados en este estado de la cuestión, nos parece pertinente profundizar en el carácter nacional de las problemáticas del PC en los años 20. Más allá del «barniz» como se refiere Moulian al discurso marxista de los primeros comunistas, los énfasis en los discursos nacionales y provenientes de la realidad local se encuentran presentes desde los albores del comunismo criollo. Teóricamente internacionalista por principios, el PCCh ha sostenido a través de su historia un discurso con raigambre nacionalista, reflejado en las declaraciones y documentos del PC. Producto de la propia autoproclamación de internacionalista y la ligazón del concepto nacionalista a doctrinas político-filosóficas de derecha y extrema derecha, la visión de un PC chileno nacionalista es algo que sólo Hernán Ramírez Necochea propone.

Nuestro planteamiento es que el PCCh ha sabido conjugar una praxis política de masas, un discurso nacional, amalgamándolo con las fuentes teóricas derivados del «marxismo-leninismo» de corte soviético. Para el caso de los años veinte, a pesar del destacado influjo de la III Internacional, esto también se produjo. En el marco del proceso de transformación del viejo POS en

5 Al respecto ver Varas, Augusto: «El ideal socialista y teoría marxista en Chile: Recabarren y el Komintern» en Varas, A. (compilador): *El Partido Comunista en Chile* (FLACSO, 1988). En una línea similar, Pérez, Cristián «¿En defensa de la Revolución?: La expulsión de la 'Izquierda Comunista'. 1928-1936». En Rojas, Jorge; Loyola, Manuel (compiladores): *Por un rojo amanecer: Hacia una historia de los comunistas chilenos* (Ed. Valus, 2000).

6 Aquí destacan los siguientes trabajos: Ramírez Necochea; Hernán: *Origen y formación del Partido Comunista de Chile. Ensayo de historia política y social de Chile*. (Editorial Progreso, Moscú, 1984); Moulian, Tomás: «Evolución histórica de la izquierda chilena: La influencia del marxismo». En *Democracia y socialismo en Chile* (FLACSO, 1983); Barnard, Andrew: *The Chilean Communist Party. 1922-1947*. (tesis doctoral inédita, 1974) y «El Partido Comunista de Chile y las políticas del Tercer Período (1931-1934)», en *Nueva Historia* N°8, Londres 1983; Castro, Manuel (Augusto Samaniego): «Recabarren: su legado». *Araucaria de Chile* N°19, 1982; Gómez, María Soledad: «Factores Nacionales e internacionales de la política interna del partido Comunista de Chile (1922-1952)». En Varas, A.: *El Partido...* op. cit. y, con algunos matices, Angell, Alan: *Partidos Políticos y movimiento obrero en Chile*. (Ed. Era, 1974).

un Partido Comunista «moderno», es decir, en la génesis del comunismo chileno, la presencia del discurso nacionalista, que permitió arraigar al PCCh entre los sectores populares más organizados, se manifestó de múltiples maneras. Una de las más notables, que demostraban el progresivo proceso de masificación y respaldo popular al PCCh, fueron las intervenciones de sus primeros diputados y senadores en las respectivas cámaras de representantes. A través de ellos, es posible apreciar cómo en el discurso comunista se entremezclaban cuestiones doctrinarias provenientes del rudimentario marxismo de la época, con temáticas locales y nacionales. En el fondo, lo que estamos planteando es que el PCCh no fue un títere de la III Internacional, y tal como ocurrió en otros PC del mundo, su relación con ella fue compleja y por cierto que alejada de relaciones mecanicistas y ciento por ciento serviles.

Para el desarrollo de nuestro trabajo emplearemos las intervenciones parlamentarias de los diputados comunistas, elegidos entre 1921 y 1926 inclusive. El uso de esta fuente se relaciona con el hecho que tradicionalmente ha sido allí en donde se han producido los «grandes debates nacionales», el lugar en el que se definían —supuestamente— los destinos de «la nación». Los comunistas comprendieron esto, y a pesar de sus radicales críticas a las instituciones parlamentarias, participaron desde sus orígenes en ambas cámaras. Tribuna privilegiada, cargo de «representación nacional», los comunistas comprendieron que una de las formas de proyectar su presencia al conjunto del país, era a través del Congreso. Los diputados comunistas en el periodo fueron Luis Emilio Recabarren y Luis Víctor Cruz desde fines de 1921 a 1924 y el mismo Cruz, Ramón Sepúlveda Leal, Salvador Barra Woll, Pedro Reyes, Carlos Contreras Labarca y José Santos Córdova en el periodo 1926-1927. Descartamos a Abraham Quevedo, quien al poco tiempo de ser elegido en 1926, tuvo posturas discordantes con la dirección del PC, por lo que finalmente fue marginado de éste. Un aspecto que es necesario aclarar dice relación con el destino político de estos diputados. De ellos, sólo Recabarren (que se suicidó en diciembre de 1924), Barra Woll y Contreras Labarca se mantuvieron dentro del partido. El resto se marginó, básicamente para apoyar al coronel Carlos Ibáñez en 1927. Es decir, las diferencias fueron de orden político interno, más que complejos matices interpretativos del marxismo o de lo que estaba ocurriendo en el naciente Movimiento Comunista Internacional. Estas diferencias se hicieron públicas en 1927, por lo que es pertinente considerar el discurso de estos diputados, por lo menos durante 1926, como una voz representativa del PCCh. También queremos aclarar que no hemos querido utilizar las intervenciones del que fuera senador comunista Manuel

Hidalgo Plaza, la figura más controversial del PCCh durante sus primeros años de vida. Su relación con el partido siempre fue tormentosa. En los años 10, se automarginó del Partido Obrero Socialista por tres años. Una vez reincorporado, se resistió en 1922 a convertir al POS en PCCh, por lo que se volvió a marginar. Luego volvió al partido y fue electo senador en 1926, para terminar en 1927 apoyando a Carlos Ibáñez y siendo expulsado por sus tendencias «trotskistas». Como vemos, en muy pocos momentos es posible considerar a Hidalgo como un militante comunista y su conducta partidaria fue rebelde a las orientaciones del partido, tal como lo señala su trayectoria militante. Por esta razón, preferimos no considerar sus intervenciones en la cámara alta durante 1926.⁷

El objetivo de este trabajo será distinguir los componentes del discurso nacionalista del PCCh a partir de las intervenciones de sus diputados durante los años 20. Veremos cuáles son sus temáticas, su oposición al discurso supuestamente nacional de los gobiernos de la época y sus proyecciones en el desarrollo futuro de la historia del PCCh. A través de este análisis, intentaremos indagar las razones que explican la presencia de este discurso en un Partido marxista, teóricamente internacionalista. Estimamos que una visión menos dogmática y estereotipada de los orígenes del comunismo chileno ayudan a visualizar las razones que explican el profundo arraigo de masas que tuvo el partido en Chile durante gran parte del siglo XX chileno.

En la primera parte del trabajo revisaremos brevemente cómo el marxismo analizó «la cuestión nacional» hasta los años veinte y cuáles eran las orientaciones de la III Internacional al respecto y cómo ha sido entendido el problema nacional en América Latina y Chile. En la segunda parte, veremos como «aterizó» dicho debate en Chile y cómo los comunistas reenviaron dicho discurso a la sociedad chilena, pero a través del tamiz «chileno». En este sentido, analizaremos por qué el proclamado nacionalismo comunista en los veinte no era contradictorio con su también proclamado internacionalismo. Por medio de los discursos de sus parlamentarios, veremos cuáles eran los principales tópicos nacionalistas del comunismo criollo. Finalmente, evaluaremos las razones y efectos en el tiempo que tuvo la presencia de estas temáticas en la discursividad comunista.

II

Cuando nos enfrentamos a analizar las tesis marxistas, es necesario

7 Sobre la trayectoria de Manuel Hidalgo, ver Ramírez, Necochea, H., op. cit.

hacerlo desde una perspectiva historicista. En efecto, la historia del Movimiento Comunista Internacional conoció distintas fases de creación y esclerosis del marxismo, lo que influyó de manera decisiva en las interpretaciones que se hacían del marxismo en cada contexto histórico. Como es sabido, hasta la instauración de la dictadura stalinista en la Unión Soviética, el debate sobre distintas ópticas del marxismo en el seno del naciente movimiento comunista era corriente.⁸ Con la invención del «marxismo-leninismo», el marxismo cayó en un prolongado periodo de estancamiento y fosilización, que lo condujo a una severa crisis paradigmática a partir especialmente de los años 60.⁹

Uno de los efectos de esta fosilización del marxismo fue la simplificación, en evidente función de divulgar «EL» marxismo de las principales tesis del revolucionario alemán. Uno de los puntos afectados por este fenómeno fue unilateralizar la perspectiva «internacionalista» del marxismo. Una selectiva elección de los escritos de Marx, fácilmente puede conducir a esa visión. En *La Ideología Alemana*, Marx y Engels decían que «*hay una clase que no tiene absolutamente ninguna especie de intereses nacionales: el proletariado... Expulsado del seno de la sociedad se ve constreñido a vivir en el más resuelto antagonismo con todas las demás clases*».¹⁰ Sin embargo, el propio Marx, en textos posteriores, reconoció que el problema nacional era mucho más complejo. En sus dos textos «políticos» más importantes, Marx analizó la variable nacional desde ópticas menos reduccionistas. Por ejemplo en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, reconoce la capacidad del Estado burgués de interpretar los intereses de otras clases, autonomizando su poder de la clase burguesa: «*Es bajo el segundo Bonaparte cuando el Estado parece haber adquirido una completa autonomía... Y sin embargo el poder del Estado no flota en el aire. Bonaparte representa a una clase que es la clase más numerosa de la sociedad francesa: los campesinos parcelarios...*».¹¹ Dos décadas más tarde, al analizar la conformación de la Comuna de París tras la caída de Luis Bonaparte, en el contexto de la guerra Franco-Prusiana, Marx señalaba la importancia de la unidad del Estado-Nación, re-

8 Por ejemplo, los debates entre Lenin y Trotsky, Lenin y Rosa Luxemburgo, entre los casos más conocidos.

9 Nos hemos basado en Anderson, Perry: *Tras las huellas del materialismo histórico*. (Siglo XXI Editores, 1986).

10 Marx, Karl; Engels, Frederick: *La ideología Alemana*. (Ediciones Pueblos Unidos, s/f) p. 245.

11 Marx, K.: *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. (Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1978), p. 132.

saltando que «*el régimen comunal se ha tomado erróneamente por un intento de fraccionar en una federación de pequeños Estados, como los soñaban Montesquieu y los girondinos, aquella unidad de las grandes naciones que, si en sus orígenes fue instaurada por la violencia, hoy se ha convertido en un factor poderoso de la producción social*». ¹² Estos análisis contradictorios de Marx y Engels sobre la «cuestión nacional», que ven al nacionalismo como «falsa conciencia» e instrumento de dominación de la burguesía sobre el proletariado, pero que también reconocen la capacidad de representar a la «Nación» que poseen los «Estados Bonapartistas», y aún más, la fortaleza que tienen las luchas de liberación nacional contra el invasor «extranjero», reflejan la complejidad del tema.

Varias décadas más tarde, Lenin se trenzó en una dura polémica sobre el problema nacional con la revolucionaria alemana Rosa Luxemburgo. Por un lado, el líder bolchevique defendía las luchas de las «naciones oprimidas» y su derecho a la autodeterminación, mientras que la malograda líder «espartaquista» descartaba cualquier lucha nacional, porque comportaba el apoyo más o menos velado a las burguesías nacionales. ¹³ La tesis leninista del derecho de los pueblos a la autodeterminación se sostuvo en el tiempo, llegando en la época del «marxismo-leninismo» a ser parte fundamental en las llamadas «luchas anticolonialistas y antimperialistas». Pero tal como lo señala Ralph Miliband, la «justeza» de las luchas nacionales dependían de las necesidades internas y externas de la Unión Soviética. ¹⁴

En este marco general, ubicado en el contexto de la época pre-stalinista, no debe resultar una gran novedad el hecho que los partidos comunistas a través del planeta tuvieran definiciones tácticas y estratégicas que diferían con los planteamientos soviéticos. Tan era así, que los famosos 21 requisitos que exigía la Internacional para ser aceptado como un integrante de ella, tenía que ver, en primer lugar, con la necesidad de disciplinar al naciente y heterogéneo movimiento comunista internacional. ¹⁵ Consideramos que los largos años de dictadura stalinista y la incapacidad del movimiento comunista de zafarse de su «legado» tras su muerte, provocó que se asumiera que dicho movimiento fue siempre homogéneo, siempre disciplinado, carente de capaci-

12 Marx, K.: La Guerra Civil en Francia. (Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1978), p. 178.

13 Sobre esta polémica Silva, Erika: Nación, Clase y Cultura. (FLACSO Quito, Colección Ensayos, 1984).

14 Miliband, Ralph: Marxismo y política. (Editorial Siglo XXI, 1978), p. 136.

15 Hajek, Milos, op. cit.

dad de creación política autónoma. Sin embargo, se olvidan los primeros años de la Komintern, pletóricos de debates y polémicas públicas entre comunistas de distintas nacionalidades.

Todas estas consideraciones son importantes para entrar al estudio del PC chileno en los años 20 desde una mirada menos prejuiciada. Al igual como pasaba en el mundo, los comunistas chilenos desarrollaron líneas analíticas y prácticas discursivas producto de su experiencia política concreta en el país. Por cierto que la influencia proveniente del Movimiento Comunista Internacional jugó un rol gravitante en ellas, pero a todas luces es un reduccionismo visualizar a los comunistas chilenos como simples ejecutores de las definiciones provenientes desde Moscú. En esta perspectiva, Iván Ljubetic indica que el PC chileno, citando a Manuel Caballero, era «el hijo malquerido de la Internacional» producto de su fuerte vocación nacional y autónoma, reacio a obedecer los dictados del Secretariado Sudamericano de la Internacional. La abierta intervención de este organismo en la Conferencia Nacional de 1933, se explicaría por su ira ante la «rebeldía» de los comunistas chilenos.¹⁶ Es en este marco en donde la discursividad nacionalista del comunismo criollo es posible apreciarlo no como una mutación o desviación, sino como una expresión de cómo el PCCh era capaz de adaptarse a las necesidades y tendencias de los sectores populares en Chile. La era de la «OBEDIENCIA AL PRIMER TRABAJADOR DE LA HUMANIDAD» aún no llegaba y algunas de las grandes definiciones hechas en esta época, permanecerían largo tiempo en el acervo cultural del comunismo local. Una de ellas fue el «nacionalismo comunista», presente desde la génesis del Partido.

El problema de lo nacional en las izquierdas latinoamericanas ha sido abordado desde diversas ópticas. Julio Godio ha enfatizado el carácter contradictorio entre nacionalismo y comunismo durante los años 20 en el movimiento popular latinoamericano. Para él, la oposición reforma-revolución, tuvo sus primeras expresiones en esta década, caracterizada por la incapacidad de los PC por comprender la importancia de lo étnico y regional en el continente y no sólo «la lucha contra el imperialismo». El éxito del nacionalismo de izquierdas y su masividad (Revolución Mexicana, APRA peruano, entre otros), se explicaría por su carácter «nacional-popular», incluyente de la mayoría de los sectores populares. Por el contrario, la escasa influencia comunista se debió a su sectarismo ideológico y político, que lo incapacitó para

16 Ljubetic, Iván: «El PC y la Internacional». En Punto Final N°544, 23 de mayo al 5 de junio de 2003. p. 12.

ampliar el arco de sus alianzas.¹⁷ Por su parte, Jorge Castañeda ha planteado que a la izquierda latinoamericana no le quedaba más que ser nacionalista.

Su concepción de «nación inacabada», en el sentido de no haber beneficiado a la mayoría del país, sino que sólo a las élites, conducía a identificar a las naciones capitalistas extranjeras como las culpables y generadoras de esta deuda, junto a una «traidora» élite local, vendida al imperialismo. De ahí que la importancia de la vocación «anti-imperialista», de las luchas de «liberación nacional» y que, en definitiva, los verdaderos patriotas eran los sectores populares identificados con los partidos de izquierda.¹⁸

En Chile, tal vez el caso más conocido de nacionalismo de izquierda fue el de los sectores ligados al trotskista Oscar Waiss, por años dirigente del Partido Socialista de Chile. Autor de *Nacionalismo y socialismo en América Latina* (1961), planteaba la tesis que el odio anti-imperialista latinoamericano, podría desembocar en la revolución socialista.¹⁹ Sin embargo, la potencialidad movilizadora del nacionalismo popular ya lo habían demostrado en las primeras décadas del siglo XX las Ligas Patrióticas, surgidas en Tarapacá y Antofagasta como resabio de la Guerra del Pacífico.²⁰ La experiencia de las Ligas es muy importante, porque si se tiene en cuenta el dato que el origen del Partido Comunista estuvo en esas regiones, es perfectamente entendible y viable que los comunistas criollos absorbieran la herencia de un movimiento popular que indistintamente apelaba a los conceptos de patria y clase como banderas de reivindicación. A pesar de ser enemigo declarado del nacionalismo ligado a las Ligas Patrióticas, el PCCh durante los años veinte dio los primeros pasos de elaboraciones políticas nacionalistas de izquierda en Chile. A contrapelo de lo remarcado por Julio Godio para América Latina, el innegable dogmatismo teórico del PCCh, no le hizo perder la perspectiva de la

17 Godio, Julio: *Historia del Movimiento Obrero Latinoamericano*. 2. Nacionalismo y Comunismo. 1918-1930 (Editorial Nueva Sociedad, 1987).

18 Castañeda, Jorge: *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*. (Ariel, 1993). p. 314 y ss.

19 En Valdivia, Verónica: «Nacionalismo, ibañismo, fuerzas armadas: «Línea Recta» y el ocaso del populismo». En *Contribuciones Científicas y Tecnológicas* N°116, 1997. p. 14.

20 Sobre las Ligas Patrióticas, ver González, Sergio, Maldonado, Carlos, McGuee, Sandra: «Las Ligas Patrióticas: Un caso de nacionalismo, xenofobia y lucha social en Chile». *Canadian Review of Studies in Nationalism*, vol. XXI, N°1-2, 1994; Pinto, Julio; Valdivia, Verónica; Artaza, Pablo: «Patria y clase en los albores de la identidad pampina (1860-1890)» *Historia* 36, 2003 y Valdivia, Verónica: «Por los fueros de la patria: ¿Qué Patria? Los trabajadores pampinos en la época del centenario» *Si somos americanos* N°5, 2004.

experiencia local, lo que podría explicar sobrevivir a su primera clandestinidad (febrero de 1927), a su primer cisma interno y resurgir con nuevas fuerzas en la década de los treinta.

III

Antes de entrar a revisar los componentes nacionalistas del discurso comunista en los años veinte, nos parece necesario aclarar dos aspectos teóricos en relación al concepto de nacionalismo. En primer lugar, los procesos de construcción de Estado fueron uno de los procesos claves de la modernidad. Desde la perspectiva de E. J. Hobsbawm, el nacionalismo, en tanto ideología, produce la idea de «Nación». En este sentido, es el Estado quien promueve la construcción de ideas «nacionales», con el objetivo de asegurar una dominación «legítima» sobre una población que habita un determinado territorio.²¹ Bajo esta misma lógica, desde arriba (pero también desde abajo), se crean tradiciones, algunas supuestamente muy antiguas, pero en realidad de data reciente o derechamente inventadas, sin real existencia en el pasado. De esta forma, las naciones (desde arriba) pretenden la existencia de una «esencia nacional» y a través de la Historia, se busca legitimar el presente y cohesionar al cuerpo social, en la perspectiva de perpetuar un cierto orden social.²² Sin embargo, tanto Hobsbawm como Benedict Anderson reconocen que la «comunidad imaginada» no sólo se nutre de la ideología oficial, sino que también tiene una raíz cultural, propia de la convivencia diaria entre las personas. Desde este ángulo, al hablar de nacionalismo —asociado tradicionalmente a la derecha política— es necesario diferenciarlo, ya sea político o cultural. En su primera acepción, de corte racista, xenófoba y conservadora, aparentemente ha sido hegemonizado por la derecha y ultraderecha en Chile. En la segunda lectura, el nacionalismo no es una ideología política, sino que denota costumbres y solidaridad con quien vivo y creo compartir aspectos fundamentales de la «comunidad imaginada».²³ Este nacionalismo cultural, devenido en ultraderecha y protofascismo en las Ligas Patrióticas a fines de 1910 en Iquique, Antofagasta y otras ciudades a lo largo del país, fue disputado por el Partido Obrero Socialista y su sucesor, el Partido Comunista de Chile.

No solo los sectores conservadores utilizaron el nacionalismo como

21 Hobsbawm, E.J.: Naciones y nacionalismo desde 1780. (Ed. Crítica, 1997). P. 17 y ss.

22 Nos hemos basado en Hobsbawm; E.J.; Ranger, Terence (editores): La invención de la tradición. (Crítica, 2002). Capítulo 1.

23 Nos hemos basado en esta parte en Valdivia, Verónica: «Por los fueros...» op. cit.

instrumento político, sino que también la naciente izquierda marxista, surgida justamente en ese mundo popular en que el nacionalismo cultural estaba integrado en la vida cotidiana.²⁴ Desde nuestra óptica, la existencia de este nacionalismo cultural, explica las sinceras y espontáneas manifestaciones nacionalistas de los comunistas. A través de un rudimentario marxismo, en la época inicial del Komintern, el PCCh amalgamó, sin mucha claridad e intencionalidad, sus distintas vertientes teóricas, resultando un producto que probablemente explique por qué, como dice Manuel Caballero, el PC chileno fuera el «hijo malquerido de la Internacional».²⁵

Si bien el objetivo de este trabajo no es reconstruir la historia del PC en los años 20, es necesario detenerse en algunas consideraciones al respecto. Uno de los consensos sobre las características del comunismo en esta época es su indisciplina y alejamiento de los dogmas del comunismo internacional, por lo menos hasta 1927, año que es aceptado como partido miembro de la Komintern.²⁶ Como lo señala abiertamente Cristián Pérez, la tesis que está detrás de este planteamiento es la configuración de un PC que tras esta fase, se convirtió en una entidad *«que reprodujo, con fidelidad, las tendencias imperantes en el centro de influencia: la Unión Soviética... desde fines de los veinte, el Partido Comunista fue una organización de masas disciplinada, pero carente de autonomía para impulsar la revolución socialista...»*.²⁷ Sin embargo, como lo señala Peter de Shazo, estos caóticos primeros años, especialmente entre 1924-1927 (cuando el PCCh tiene gran presencia nacional gracias a sus parlamentarios), fueron claves en su historia, ya que le permitieron ganar legitimidad al interior del «juego político nacional». A pesar de su escasos militantes (en ningún caso más de 4.000), su presencia en fuertes organizaciones sociales y sus logros electorales, lo convirtieron en un actor político a nivel nacional, aunque con el costo de descuidar su trabajo de

24 Sobre las condiciones históricas y políticas que el Norte Grande generó para producir un precoz nacionalismo cultural, ver Pinto, J.; Valdivia, V.; Artaza, P.: op. cit. y Valdivia, Verónica: op. cit.

25 Caballero, Manuel: *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana. 1919-1943*. (Editorial Nueva Sociedad, 1987).

26 Andrew Bernard habla de un «partido reformista» op. cit. p. 215, Gonzalo Vial de un «filomarxismo» (en *Historia de Chile (1891-1973)*. Volumen III. (Editorial Santillana, 1988). p. 201. Hernán Ramírez Necochea relata detalladamente los conflictos del periodo.

27 Pérez, Cristián: op. cit. p. 157.

base.²⁸ Este hecho, junto con la constatación de la fortaleza y arraigo de masas de los comunistas en ciertos puntos estratégicos de la producción nacional (salitre, carbón, entre otros), explicarían la fortaleza del comunismo chileno, a pesar de su dogmatismo.²⁹

Desde nuestra óptica, y como ya lo hemos expuesto en otra parte,³⁰ el PCCh en los años 20 era una organización abigarrada, heterodoxa en sus contenidos político-ideológicos, carente de la disciplina que años más tarde se hizo legendaria dentro del sistema político chileno. La importancia de este legado se relaciona con unas formas de hacer y difundir la política que, ciertamente con modificaciones y con el notable influjo del periodo stalinista, el PCCh mantuvo a lo largo de su historia. Las contradicciones ideológicas, la mezcla entre lo «dogmático-internacional» y lo «pragmático-nacional», fue algo que se prolongó en la historia del comunismo chileno. A modo de hipótesis, queda por demostrar la continuidad de esta mezcla, de la heterodoxia comunista en la fase posterior de los años veinte, cuando supuestamente se convirtió en un brazo ejecutor de las políticas soviéticas. Por ahora, revisemos el discurso nacionalista del PCCh en su periodo formativo, previo a la «estalinización».

En primer lugar, para comprender el entrecruce de elementos que contenía el discurso comunista dirigido al país (es decir, desde el parlamento), debemos partir por detenernos en su justificación para convertirse en «honorable». Luis Víctor Cruz explicaba su presencia en una entidad que el mismo llamaba a desconocer: «...*nosotros queremos aprovecharnos de la resonancia de la tribuna parlamentaria, para hablar de lo que queremos, para socavar los cimientos de la sociedad capitalista, para procurar explicar al país entero lo que significa la revolución social...*».³¹ Este incendiario objetivo, muy a tono con las tesis insurreccionalistas del Lenin de 1917, y por ende muy «marxistas», de acuerdo a la época, eran matizadas inmediatamente por el propio Cruz, quien señalaba que «*nuestro deseo es transformar la sociedad actual por medios pacíficos. Nosotros somos pacifistas por excelencia. Amamos la vida, queremos que la humanidad viva feliz... queremos la transformación social se realice por medios pacíficos,*

28 De Shazo, Peter: *Urban workers and labor Unions in Chile. 1902-1927.* (The University Wisconsin press, 1983), p. 234 y ss.

29 Angell, A.: op. cit. p. 97.

30 «La matanza de Coruña». En *Contribuciones Científicas y Tecnológicas* N°116, 1997.

31 Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados (BSCD en adelante) 8 de julio de 1921. p. 991.

*para así ir inculcándoles en su corazón, en el corazón del pueblo, el amor a todo...».*³² Estos métodos pacíficos, muchos más parecidos a la socialdemocracia alemana que al de los bolcheviques rusos, son la prueba de la carencia de definiciones ideológicas categóricas de los comunistas en el periodo y que deben alertar al investigador de esta época histórica, porque si no se tienen en cuenta estas permanentes contradicciones discursivas, se corre el riesgo de definir a buenas a primeras al PCCh como «reformista» o como «revolucionario», de acuerdo incluso a que párrafo de determinado discurso se haya elegido.

Teniendo en cuenta este aspecto, el internacionalismo teórico de los comunistas, no debe hacernos olvidar la presencia nacionalista en el discurso comunista. Esto, más que entenderlo como una anomalía, una inmadurez ideológica o una «desviación» de derecha o de izquierda, de acuerdo a la jerga acuñada por la III Internacional en aquellos años, fue parte de un proceso de amalgama y constitución de una discursividad, que supo sumar y hacer coexistir puntos contradictorios a la luz de las interpretaciones marxista de la época.

El líder comunista Luis Emilio Recabarren, que desde hacía años defendía el carácter nacional del Partido Obrero Socialista,³³ negaba terminantemente que el origen de la protesta social fuera fruto de «agitadores extranjeros»: *«Los agitadores que hay en este país somos chilenos auténticos, somos trabajadores manuales y no trabajadores intelectuales... De modo que todos los movimientos de agitación que en los últimos 20 años se ha realizado en el país son la obra genuina del proletariado de este país».* Para demostrar el carácter nacional, «genuinamente» chileno del movimiento obrero, Recabarren recordaba en el Parlamento textos suyos planteando la necesidad del socialismo varios años antes de la Revolución Rusa. Al concluir, este obrero tipógrafo reflexionaba que *«podría parecer a algunas personas un sacrilegio que nosotros habláramos de nuestra patria, porque siempre se nos ha llamado anti-patriotas. ¡Cuan injustos habéis sido cuando nos habéis llamado anti-patriotas! Yo creo que nadie con más*

32 Ibid, p. 992.

33 El POS, fundado el 4 de junio de 1912 en Iquique, fue el nombre inicial del PCCh. Tal como lo propone Carmelo Furci, no debe considerarse al POS y al PCCh como entidades distintas, sino que son las mismas, porque tuvieron igual programa, los mismos militantes, idéntica estructura orgánica y su cambio de nombre no significó o no se originó de una fractura interna del POS. Furci, C.: *The Chilean Communist Party and the road to socialism.* (Zed Books, Londres, 1984). p. 28

amor que nosotros habrá trabajado siempre por la grandeza de la patria».³⁴ La defensa que hace Recabarren de las luchas obreras, lo hace ubicándola más allá de solo una perspectiva clasista (beneficio para la clase obrera), sino en una mirada más amplia, indudablemente «Nacional»: La clase obrera lucha por el bienestar del conjunto del país, de ahí la génesis de la autopercepción de ser los más patriotas. Más que a un esencialismo, como lo hace la élite gobernante, desde el punto de vista de los comunistas, es verdaderamente amante de la patria y nacionalista quien se preocupa del bien común, de la justicia social, del bienestar del pueblo. Como los únicos que lo hacían —desde su visión— eran los comunistas, eran ellos los verdaderos patriotas. Este análisis tuvo gran continuidad en la historia no sólo del PCCh, sino que derivó en tópico del conjunto de la izquierda previa al golpe de Estado de 1973.

Sin embargo, las cotidianas acusaciones anti-nacionales en contra del Partido Obrero Socialista y más tarde el PCCh se concentraron en dos aspectos: estar vendidos —indistintamente— al «oro de Perú» y/o al «oro de Moscú». Una proclama de 1921 decía que «*como es público y notorio en toda la República de la conducta sediciosa y anti-patriota de Luis Emilio Recabarren Serrano, cuya actuación desmoralizadora se ha hecho criminal en el Parlamento de Chile, al desconocer los límites de nuestro territorio que están marcados con la generosa sangre de nuestros antepasados y obstaculizando la labor patriótica y levantada por los hombres de Gobierno con paros y huelgas periódicas*». Luego, en referencia a otro diputado comunista, Luis Víctor Cruz, se pedía su desafuero «*por ser este individuo de origen peruano en su rama ascendente, habiendo nacido en Tacna, donde es del dominio público su prédica peruanizada...*».³⁵ Más allá de los naturales desmentidos hechos por Cruz y Recabarren, no deja de ser sorprendente y ejemplificador del mestizaje discursivo del comunismo criollo de aquel tiempo. Para defenderse de estos ataques, los comunistas ocuparon argumentos definitivamente racistas, muy en boga entre sus propios acusadores. Al respecto, Ramón Sepúlveda Leal, considerado uno de los dirigentes comunistas de mayor nivel político de la época, «defendía» a los trabajadores chilenos, verdaderos generadores de la riqueza nacional, recordando que «*es público y notorio que el origen de la guerra del Pacífico se debió a que las pampas salitreras estaban entregadas en manos de pueblos ineptos y faltos*

34 Ambas citas en BSCD 15 de julio de 1921, pp. 1191 y 1194, respectivamente.

35 BSCD, intervención de Luis Emilio Recabarren, 27 octubre de 1921, pp. 143 y 144.

*de iniciativas, y el brazo musculoso de nuestro roto y el capital generoso de los antepasados de este país, fue a conquistar esas riquezas y a trabajar por este país... riqueza y trabajo adquirido en buena lid, pero muy mal aprovechado...».*³⁶ En primer lugar, Sepúlveda Leal enunciaba la superioridad del «roto chileno» sobre los «ineptos» vecinos que rodeaban a Chile. En segundo lugar, quien llegara a ser secretario general del PCCh, reconocía que la anexión de las provincias de Tarapacá y Antofagasta, había sido en «buena lid», tirando al tacho de la basura el internacionalismo proletario y la emblemática consigna creada por el mismísimo Karl Marx «proletarios del mundo uníos». La agresión imperialista, el rol del capital inglés, los intereses de la elite chilena por usurpar las riquezas del norte peruano-boliviano, todos tópicos marxistas, no eran tenidos en cuenta por Sepúlveda, a quien interesaba más defender al *roto* contra los extranjeros, olvidando el purismo teórico.

Uno de los elementos más recurrentes del discurso nacionalista de los comunistas en los años veinte, fue el nacionalismo económico. Tal como lo propone Jorge Castañeda, desde una época muy temprana, la izquierda «marxista» chilena instaló en su discurso una crítica a la burguesía nacional, considerándola traidora a la Patria, por colocar encima de los «intereses nacionales», los suyos propios, aliados a los «extranjeros». De esta manera, los comunistas, desde sus primeros años, incluían en sus propuestas dos aspectos de larga duración al interior de su política: el ya mencionado nacionalismo económico y la defensa de «los intereses nacionales» (no solo de clase).

Las acusaciones contra la burguesía eran directas: «...los gobiernos... se empeñaron en favorecer exclusivamente los privilegios de que disfruta el capitalismo nacional y extranjero para explotar y oprimir a la clase trabajadora, a quien se le ha cargado de impuestos hasta hacer imposible la vida de los que todo lo producen...».³⁷ Sepúlveda Leal agregaba que «el egoísmo y la tacañería de los capitalistas y gobernantes que prefieren convertirnos en una factoría extranjera» caracterizaban a la clase explotadora chilena.³⁸ Como vemos, los comunistas no midieron esfuerzos en la lucha política por demostrar quién era realmente patriota. En esta dirección, el propio Ramón Sepúlveda Leal definía lo que los comunistas entendían por patriotismo:

«Háganse ya las economías necesarias, óbrense con inmenso patriotismo, porque ése sí que es patriotismo... No vengo a patrocinar aquí el

36 BSCD, 9 de agosto de 1926, p. 2063. Subrayado es nuestro.

37 BSCD, intervención de Salvador Barra Woll, 7 de abril de 1926. p. 184.

38 BSCD, 7 de abril de 1926, p. 147.

*patriotismo de la ley del embudo, que pide lo ancho para los de arriba y lo angosto para los de abajo. Eso sí es patriotismo: hacer economías en todas las ramas de la Administración Pública, con un criterio de absoluta igualdad dentro de todas las actividades del Estado».*³⁹

A partir de esta definición de patriotismo —en base a la justicia económica— los diputados plantearon su concepción de nación y una política económica nacionalista, también basados en una perspectiva económica. Justificando su oposición a la venta de terrenos salitreros a compañías extranjeras, el diputado Pedro Reyes recordaba que *«no está la República constituida por cuatro personas, ni por una clase de ciudadanos; está constituida por todos sus hijos, de Norte a Sur del país. La República, la nacionalidad, la patria, no son nada sin los trabajadores, sin los empleados chilenos, sin la mayor parte de nuestros conciudadanos. Ellos forman integralmente la República»*.⁴⁰ En la argumentación comunista, *«los obreros del Norte dejan de ser ciudadanos, dejan de ser hijos de la República, para convertirse en parias, porque ellos pierden todas las prerrogativas que da la Constitución. Y sus derechos pierden toda la protección que les ofrece la ‘patria’, y quedan reducidos a las miserables condiciones de individuos libres sometidos a la voluntad y al capricho de los hombres venidos de tierras extranjeras...»*.⁴¹ En estos discursos, por lo demás muy recurrentes en las intervenciones de los diputados comunistas de la época, se aprecian dos aspectos importantes: Primero, una concepción de Nación que, para ser tal, debe incorporar los intereses y necesidades de los sectores populares, punto que no cumplía la definición de Nación de la elite dominante. A partir de esta definición, era claro que el sector político verdaderamente estaba preocupado por la «Nación». Segundo, las alusiones a la pérdida de derechos republicanos, a las garantías constitucionales, a la condición de «ciudadanos», en la argumentación comunista, no eran necesariamente el resultado de las falsedades del régimen político capitalista, sino de los hechos que mostraban que aquellos preceptos no se cumplían y la desconfianza (fundada en la práctica) en que fueran alguna vez a realizarse. Las perspectivas insurreccionales, solían dejar paso a visiones evolucionistas como estas, basadas en la creencia en la acción legislativa como herramienta de mejora social.⁴² En resumen, para los comu-

39 BSCD, 9 de agosto de 1926, p. 2067.

40 BSCD, 23 de agosto de 1926, p. 2427.

41 BSCD, intervención de José Santos Córdoba, 23 de agosto de 1926, p. 2433.

42 Con todo, esta ilusión se encontraba en fuerte tensión, especialmente en 1926 y los siguientes años, ante el incumplimiento de la legislación social aprobada en 1924.

nistas, la defensa de la Nación implicaba el reconocimiento de las mayorías, reconocimiento que no solo debía ser económico, sino también político, en el sentido de poder participar y ser escuchados en la toma de decisiones del país.

El aspecto más desarrollado desde el punto de vista programático del PCCh en el ámbito nacionalista, era su propuesta económica. En este sentido, ya en los años veinte, los comunistas hablaban de la nacionalización de las riquezas salitreras: «(los comunistas)... *piden y exigen que, de una vez por todas, sea el Estado el que tenga control directo y la administración de esas riquezas, que sea el Estado el que vaya a hacerse cargo de ellas, el que las explote, el que usufructue su producción*». Si cabe alguna duda del carácter nacionalista de este planteamiento, el diputado comunista remataba diciendo que las riquezas del salitre debían ir a los hijos y nietos «*de aquellos guerreros del 79 que entregaron sus vidas, que dieron su sangre para conquistar estas tierras y ofrecerlas al país*». ⁴³ Mientras los comunistas eran acusados por ser vendidos «al oro» de naciones extranjeras y portadores de una ideología antipatriota, ellos replicaban que, en realidad «*el capitalismo no tiene patria porque no tiene ni puede tener ningún arraigo ni interés patriótico. El capitalismo tiene por base única sólo el tanto por ciento del interés de sus capitales invertidos y en defensa de esos intereses pierde toda noción de nacionalismo...*». ⁴⁴ Conscientes de su minoría en la cámara, sabían, según Salvador Barra Woll «*que es imposible que nuestros pensamientos, nuestro ideal, llegue a triunfar aquí dentro, porque nuestros principios nacionalistas de libertad económica y política tienen una oposición sistemática e incontrarrestable en esa abrumadora mayoría*». Sin embargo, el nacionalismo «*es el espíritu que nos domina y que estamos convencidos de que la burguesía es incapaz de gobernar y es traidora a su Patria!...*». ⁴⁵ Es así como los comunistas intentaban disputar el nacionalismo a la oligarquía, quien se proclamaba la verdadera defensora de los intereses nacionales. Los dirigentes comunistas, al parecer más por intuición y su propia formación

Las denuncias contra estas prácticas eran muy frecuentes en los discursos de los diputados comunistas. Sin embargo, esto no provocaba una radicalización política del PCCh.

43 BSCD, intervención de José Santos Córdoba, 23 de agosto de 1926, pp. 2433-2434.

44 BSCD, intervención de Ramón Sepúlveda Leal, 17 de septiembre de 1926, pp. 3145-3146.

45 BSCD, intervención de Salvador Barra Woll, 10 de septiembre de 1926. p. 2864.

política en el seno de la «comunidad imaginada» de la clase obrera, arremetieron contra las descalificaciones y se autoproclamaron nacionalistas:

«Es preciso que la amarga experiencia sufrida por nuestro país con la entrega de sus riquezas al capitalismo extranjero nos haga pensar en la necesidad de aunarnos, de juntar las voluntades de todos los chilenos, sin distinción de clases, para reivindicarlas puesto que son nuestras... debe despertarse un legítimo sentimiento nacionalista, que reivindique estas riquezas, lo que equivale a reivindicar nuestra soberanía...».⁴⁶

No deja de ser llamativo, en el caso de Barra Woll, que proclame abiertamente este «nacionalismo», por lo contradictorio con el teórico internacionalismo de los comunistas. Además, en una temática típicamente nacionalista, Barra Woll, uno de los teóricos comunistas de la época (era empleado, no obrero), inclusive soslayaba el análisis de clases, y convocaba a la unidad nacional. Para los comunistas, el nacionalismo (político) era un concepto en disputa.

Por esta razón no resultaba casual el respaldo de los diputados comunistas a la «raza mapuche» a la que, según ellos, «*la burguesía no tiene interés en redimir... sino en oprimirla y explotarla sin piedad*». Es decir, por responsabilidad de la elite, «*los fundadores de la nacionalidad chilena (se encontraban) sufriendo en el suelo de sus antepasados la condición de parias*». A diferencia de la «burguesía», los comunistas defendían «*el régimen de indios, porque nosotros respetamos las costumbres de esta minoría nacional y respetamos igualmente su idioma y la idiosincrasia particular de la raza, pero aspiramos, naturalmente, a perfeccionarla y la ayudamos a superar sus propias deficiencias*».⁴⁷ Aquí se encuentra presente la noción «amplia», «inclusiva» de Nación que los comunistas proponían, junto a la necesidad del bienestar económico que todos los «nacionales» tenían derecho a tener.

En este sentido, el nacionalismo comunista incluso incursionó en un área aparentemente vedado a la izquierda, como el rechazo a los extranjeros. A diferencia de ésta, que basaba su rechazo en consideraciones biológicas, los comunistas lo asociaban a factores económicos. Ante el proyecto para contra-

46 BSCD, intervención de Salvador Barra Woll, 9 de agosto de 1926, p. 2049 y 2048. El subrayado es nuestro.

47 BSCD, intervención de Carlos Contreras Labarca, 2 de febrero de 1927, pp. 3374 y 3376.

tar técnicos extranjeros, los diputados comunistas se oponían con los siguientes argumentos: «*Yo soy internacionalista por principios y por convicción; pero yo, que soy internacionalista, no he creído jamás que solo al otro lado de los Andes o del Pacífico existan hombres sabios... no vamos a caer en este espíritu de imitación de lo extranjero en que han caído desde los organizadores de la economía nacional hasta los que organizaron la familia*». ⁴⁸ Por su parte, el trato que recibían los obreros y empleados chilenos por parte de los patrones, también era motivo de protesta: «*el proletariado... tiene que sufrir en el Norte el odioso desdén, el sectarismo feroz, diría, de los extranjeros que se sienten hijos de razas superiores y que nos miran como a indígenas: los empleados y los obreros nacionales en la pampa de Antofagasta están siendo reemplazados en su mayoría por empleados en gran parte yugoeslavos*». Por esta razón, los comunistas justificaban la aparición de explosiones nacionalistas —que la autoridad llamaba subversión— «*cultivado siempre, aun en los planteles educacionales más modestos en los hijos del proletariado chileno*». ⁴⁹ De esta manera, el único partido que en esos años se autoproclamaba internacionalista, defendía y justificaba públicamente expresiones nacionalistas, que agravaban su repudio al explotador capitalista por el hecho de ser extranjero: «*¿que no nos enseñaron que éramos raza de valientes? ¿Que no nos dijeron en la escuela que nunca debíamos dejarnos atropellar por los poderes extranjeros? ¿Que no infiltraron en nuestro espíritu este orgullo del valor y de la dignidad? Y entonces, ¿por qué espantarse y asustarse si cuando un súbdito extranjero deja caer el látigo sobre las espaldas de un hijo del país, éste responde en igual forma o parecida al que lo ha ultrajado*». ⁵⁰ Es así como los comunistas, apropiándose del nacionalismo promovido por el «Estado burgués» que tanto criticaban, radicalizaban el nacionalismo, ocupándolo como un mecanismo que justificaba la protesta social contra los patrones. Sin manejar teorías ni elaboraciones *ad hoc*, el PCCh se percataba en la práctica (había padecido la ira de las «ligas patrióticas» en el pasado) de la fuerza movilizadora del nacionalismo. Es probable que de ahí surgiera su evidente preocupación por este tema y sus ya mencionados esfuerzos por disputarle ese espacio a la derecha y ultraderecha chilena.

48 BSCD, intervención de Ramón Sepúlveda Leal, 15 de abril de 1926, p. 340.

49 BSCD, intervención de José Santos Córdoba, 30 de abril de 1926, p. 677 y 678.

50 Ibid, p. 678.

IV

Para concluir, nos parecen necesarias una recapitulación y una reflexión final. Primero, la revisión de los debates parlamentarios durante los años 20, demuestra que efectivamente los comunistas chilenos tenían muy en cuenta el tema del nacionalismo. Probablemente, las duras y continuas acusaciones realizadas por los gobiernos de turno y por sus enemigos políticos en torno al anti-patriotismo comunista y su ideología anti-nacional, tenían llegada sobre el mundo en donde el PCCh buscaba inserción social. Nacidos en un contexto en donde existía un fuerte nacionalismo cultural y un incipiente desarrollo del nacionalismo de derecha (el Norte Grande chileno), las acusaciones contra los socialistas-comunistas debieron haber tenido impacto entre sus cercanos. De ahí la necesidad de responder vehemente y constantemente, a través de todos los medios disponibles, estos ataques. Para articular su defensa, los comunistas se echaron al bolsillo los dogmas marxistas y proclamaron un nacionalismo de izquierda, especialmente basado en las nociones de bienestar económico para toda la «Nación». Queda pendiente demostrar el éxito de este discurso, pero al parecer la continuidad histórica de algunas de las principales tesis nacionalistas enunciadas en los años veinte (básicamente el nacionalismo económico y el patriotismo de la izquierda marxista) podrían demostrar que la ortodoxia teórica comunista de la década de los treinta y siguientes se matizó con una persistente tendencia a mezclarlas con temáticas nacionales y otras derechamente nacionalistas. Esto podría ser una de las explicaciones del carácter de masas del PCCh, el más grande de Occidente después del Partido Comunista Italiano.

La reflexión final une estas conclusiones con la aseveración de Göran Therborn, quien plantea que «*los partidos comunistas solo han llegado a ser partidos de masas...luchando por lo que los marxistas entienden como objetivos de la revolución burguesa...*» (democracia, libertades públicas, liberación nacional y reforma agraria).⁵¹ Es decir, que a partir de lo que señala la experiencia histórica, aquellos PC que asumieron causas más universales, digamos «nacionales», tuvieron más opciones de influir políticamente de manera masiva en sus respectivos países. Es decir, es posible que, *a contrario sensu* de lo que generalmente se dice del PCCh, especialmente a partir de los años 30, el conocido dogmatismo teórico no haya tenido correlato ni con su

51 Therborn, Göran: ¿Cómo domina la clase dominante? Aparatos de Estado y poder estatal en el feudalismo, el capitalismo y el socialismo. (Siglo Veintiuno Editores, 1997), p. 309.

discurso político ni con su relación cotidiana con las masas. Radicalizando la tesis de Eduardo Sabrovsky,⁵² quien habla del «iluminismo pragmático» en referencia a cómo el PCCh soslayaba el dogma marxista en función de una práctica política heterodoxa, es probable que la propia elaboración teórica comunista —no solo su praxis, como dice Sabrovsky— se encuentre bañada de componentes nacionales y nacionalistas. La experiencia de los años veinte y el furioso nacionalismo de los comunistas chilenos, entrega las primeras luces sobre esta posibilidad.

52 Sabrovsky, Eduardo: *Hegemonía y racionalidad política. Contribución a una teoría democrática del cambio* (Ediciones del Ornitorrinco, 1989).